

El miedo en la ciudad neofeudal

Jorge Andrade

Un estado de alerta y perplejidad ante un medio que siente plagado de amenazas angustia al habitante del planeta urbano del siglo XXI, no importa el grado de percepción consciente que tenga de su estado de ánimo. El ciudadano de la época postindustrial –según el término acuñado por Daniel Bell y popularizado por Alain Touraine– padece un temor difuso ante las acechanzas concretas o indeterminadas, producto de la experiencia próxima o de los fantasmas alimentados por los medios de masa. Ese temor proviene en buena medida de la sensación de fragilidad, contracción o, definitivamente, ruptura de las redes de protección de la sociedad industrial moderna: la familia, la empresa, el sindicato, el Estado. Además, el temor impreciso del habitante del 2000 tiene otra componente más difícil de aislar, amasada con el estado de ansiedad producido por la sensación de que el entorno en el que vive se encuentra en proceso de disgregación, al punto de que se siente hundir en sus arenas movedizas cuando pretende abandonar la levedad y hacer pie firmemente. El ciudadano de la urbe planetaria postindustrial tantea a su alrededor un armazón que se ha resquebrajado y se manifiesta en las formas fragmentarias que describe el pensamiento postmoderno.

En este contexto no es extraño que los temores seculares del hombre estén exacerbados y encuentren excusas para manifestarse ante acontecimientos rutinarios a los que se aísla capciosamente de la normalidad. En particular nos referimos a los miedos ocasionados por el nuevo milenio, cuyas causas admiten comparaciones con las de los miedos del fin del primer milenio. Al mismo tiempo, el escenario, la ciudad postmoderna, puede ser estudiada con la ciudad medieval como referencia. A ambas tareas nos dedicaremos, a través de los autores pertinentes, en las próximas páginas.

El miedo

El miedo que prevalecía en los últimos tramos del siglo X era, según la tradición, el de la inminencia del fin del mundo. Ante todo

aclaremos que, como afirma Georges Duby en *Año 1000, Año 2000, la huella de nuestros miedos*, los terrores del año mil son una leyenda romántica. En todo caso, la aprensión por la posible llegada del Anticristo provocaba un sentimiento complejo de temor y esperanza, ya que la extendida creencia milenarista acreditaba que, tras las grandes tribulaciones del Apocalipsis, seguiría un largo tiempo de paz, armonía e igualdad hasta el día del Juicio Final. Al fin del segundo milenio nuestros temores ante la inseguridad existencial en algún sentido se sublimaron, por vía pintoresca, a través del terror informático. Se trató del diabólico «efecto 2000», instalado fuertemente en la imaginación popular por los medios y la publicidad, causa de cuantiosas erogaciones superfluas destinadas a proteger los sistemas de computación, y olvidado tan pronto como cambió el primer dígito del milenio.

Duby analiza las analogías entre los temores que inquietaban a la humanidad de ambos finales de época, refiriéndose a:

El miedo a la miseria, parangonable entre ambos períodos históricos, aunque con la particularidad de que la extrema pobreza medieval no llegaba a la condición de miseria gracias al carácter gregario de la comunidad. La solidaridad atenuaba la pobreza al conferirle el carácter de necesidad compartida. Hoy, para los excluidos, la miseria y la enfermedad son lacras que padecen solitariamente en los umbrales y bajo las autopistas de las urbes postindustriales.

El miedo al otro. En el año 1000 como hoy se temía al invasor, al que profesaba religiones o tenía costumbres diferentes, al marginal, al enfermo y al loco. Sin embargo Europa no temía por su identidad cultural como le hace temer la xenofobia contemporánea del mundo desarrollado, ya que no era como lo es en el presente –y como lo son los Estados Unidos– una región relativamente poco poblada sobre cuyas fronteras presionan pueblos pobres y prolíficos. Al contrario, Europa se encontraba en pleno desarrollo demográfico y no sólo no le asustaba la contaminación exterior sino que se nutría de las civilizaciones más avanzadas que la rodeaban.

El miedo a las epidemias. En el verano de 1348 la peste negra aniquiló a un tercio de la población europea. La transmitían las pulgas y las ratas, pero se culpó a judíos y leprosos de haber envenenado los pozos de agua. La lepra se consideraba una enfermedad producida por el desenfreno sexual y se aislaba a los que la padecían. A mediados de los 80, cuando el SIDA no era bien conocido, se lo consideró una enfermedad

que señalaba a los homosexuales y a los drogadictos, y aún hoy perdura esta superstición en los niveles sociales poco informados.

El miedo a la violencia. Caballeros segundones y bandas de mercenarios sin empleo que asolan la campaña; inseguridad urbana producto del delito y de las costumbres de las asociaciones juveniles que solían practicar la violación colectiva y realizar tropelías variadas. Inventario cuyas manifestaciones resultan sorprendentemente actuales. No obstante, opina Duby, la criminalidad era relativamente baja en comparación con la presente y estaba bastante enmarcada dentro de las estructuras sociales. La sociedad medieval parece menos convulsa que la nuestra, menos desarticulada interiormente por las perturbaciones que engendra el crimen.

El miedo al más allá. En la Edad Media como hoy existía el miedo al más allá, aunque entre ambas épocas hay diferencias sustanciales en el modo de enfrentar el hecho de la muerte. Dos causas son determinantes, según Duby. En primer lugar las creencias y, en segundo, una vez más, la solidaridad. Según las creencias del hombre medieval la muerte era un tránsito, un pasaje ceremonial a otro mundo que mantenía continuidad con el terrenal porque ambos integraban el plan divino. El temor no se lo producía el hecho físico de la muerte sino el Juicio. Hoy, el hombre agnóstico teme a la muerte física que lo aboca al umbral de las tinieblas y lo desconocido. La solidaridad gregaria medieval, que tal vez fuera sofocante en vida, convertía la muerte en una ceremonia de la que participaba el moribundo y todo su entorno social, y que culminaba en el templo con el rito colectivo del banquete funerario. Hoy, los parientes, frecuentemente escasos, se desembarazan tan pronto como pueden del cadáver perturbador que evoca su propia muerte.

En conclusión podemos decir que la humanidad del siglo XXI, en palabras de Duby, «está inquieta», como lo prueba el hecho de que «se vuelva decididamente hacia su memoria (...) Todas las semanas se festeja aquí y allá el aniversario de algo. Este apego al recuerdo de los acontecimientos o de los grandes hombres de nuestra historia también ocurre para recuperar la confianza. Hay una inquietud, una angustia, crispada al fondo de nosotros».

La ciudad medieval

«Desde el punto de vista de la morfología urbana, resulta evidente un regreso a la situación e incluso a la concepción medieval de la ciu-

dad dividida en “cuarteles”, perteneciente cada uno de ellos a una familia o clan, cuyas leyes y códigos de comportamiento se forman autónomamente, en lugar de venir impuestos del exterior».

El párrafo pertenece al ensayo de Giuseppe Sacco titulado *Ciudad y sociedad hacia la nueva Edad Media*, y busca representar el sistema urbano de la sociedad desmigajada de hoy mediante el paralelo con la ciudad medieval. Sacco alude a la fractura social y, consecuentemente, del paisaje urbano de fin del siglo XX, resultado de la ruptura del *consensus* y de la formación de *ghettos*.

La ruptura del consenso y el sistema urbano de la sociedad desmigajada

Sacco apela a la experiencia de los Estados Unidos como paradigma de la nueva sociedad resquebrajada. En él cree observar, hasta cierto punto, el abandono de la sociedad de dos estados, propia de la civilización liberal-industrial para retomar, con la cultura postindustrial, al tipo de la sociedad medieval de tres estados. Esto como consecuencia de la reaparición en escena de un grupo social importante, el de los «clérigos», fenómeno paralelo, aunque por motivos muy diferentes, al de sus homónimos medievales. Este estrato social, el de los estudiantes, si bien parcialmente esterilizado desde el punto de vista productivo y demográfico, está destinado, precisamente por su confinamiento en un *ghetto* superestructural, a ejercer una influencia decisiva en la cultura de la sociedad.

Otros grupos que conforman *ghettos* son los de origen racial, nacional, religioso, y aquellos derivados de elecciones sexuales o adictivas. En particular, Sacco señala por su singularidad a un grupo perfectamente integrado, el del segmento de renta media alta de la población blanca norteamericana que, no obstante su obvia instalación socioeconómica, tiende a separarse de la comunidad urbana y se exilia en las periferias residenciales, cada vez más cerradas y autosuficientes.

Aunque atribuyéndolas a causas diferentes a las que ocasionan el fenómeno en los Estados Unidos, Sacco reconocía, ya en los años setenta, tendencias similares en Europa. Dichas causas serían, en primer lugar, políticas, por la formación de grupos de izquierda o derecha radicalizados tras la desaparición de las condiciones de Mayo del 68. En segundo lugar laborales, por la desintegración de la solidaridad de

clase de los obreros industriales y la aparición de grupos anárquicos o inorgánicos que escapan al control de los grandes sindicatos. La velocidad y desorden del desarrollo industrial europeo de posguerra favoreció la subdivisión en clases del proletariado. Éste se fragmentó en una aristocracia que aspiraba y accedió a la condición, usos y costumbres de la pequeña burguesía profesional y comercial, y un subproletariado miserable, formado por los inmigrantes de la periferia pobre. Subclase que siente que se le niega todo, hasta la posibilidad de construir un proyecto de vida, hasta el derecho a tener esperanzas.

El nacimiento de *ghettos* y la ruptura del *consensus*, particularmente a nivel político, producen, además de la fragmentación, otros efectos a más largo plazo sobre la geografía urbana. En el caso de las ciudades de Italia afectaron sus tendencias de evolución debido a que condicionaron decisiones políticas y estratégicas. Sobre el particular Sacco inventaría el cambio en la localización de industrias y universidades. Las nuevas plantas industriales tendieron a instalarse en el Sur del país en lugar de seguir concentrándose en los grandes centros desarrollados del Piamonte y de la Lombardía. Las universidades se desplazaban de las grandes ciudades, como Milán, a otras de segundo orden como Brescia o Bergamo. En ambos casos para reducir la conflictividad potencial producto de la concentración de grupos sociales críticos, como los trabajadores industriales y los estudiantes.

Los efectos de la especulación urbana sobre los comportamientos sociales; la relatividad de los valores en un período de fragmentación cultural de la sociedad –vinculada con la crisis religiosa y la proliferación de sectas que recuerda el final del mundo clásico y que evoca la analogía con la Edad Media–; la práctica de la droga, incluso como variante de las opciones religiosas, podrían profundizar la tendencia a la fragmentación de la sociedad e influir negativa y decisivamente en las condiciones de vida de las grandes aglomeraciones urbanas.

Desarrollos posibles de la sociedad urbana

Nuestra época se asemeja al final de la historia grecorromana, caracterizada por la multiplicación de los códigos y la difusión de las mitologías orientales. Estaríamos viviendo, como entonces, una crisis que se manifestaría por el rechazo de los valores excluyentes del poder, del placer físico y estético, y de la abundancia material, reacción que

contribuye a sustentar la conjetura de que podemos hallarnos en el umbral de una nueva Edad Media.

Sacco propone hipótesis de evolución de la sociedad urbana europea para los treinta años finales del siglo XX, que hoy podemos comparar con la realidad histórica. Son las siguientes:

- a) A pesar de la fragmentación se pueden asegurar formas de tolerancia y aceptación recíprocas. En ese caso la estructura urbana sería abierta, sin «especialización» cultural ni social por barrios.
- b) Al final de un período de fragmentación social se alcanza un nuevo *consensus*. Se alumbraría entonces una ciudad más homogénea, caracterizada por la impronta de la nueva *conformity*. Los ejemplos históricos de estas ciudades son las resultantes de las «obras de régimen» (la *Medina* islámica; la ciudad industrial; la capital política o espiritual; la ciudad del placer).
- c) La tercera alternativa es que no se alcance ninguna *conformity*, en cuyo caso la geografía urbana expresaría la «transición permanente».

Sacco concluye declarando que no sabe cuál de las tres alternativas será la válida para la ciudad europea en los siguientes treinta años. Hoy creemos reconocer que la evolución del paisaje urbano europeo parece estar aproximadamente representado por la alternativa c), pues no hay evidencias de que hasta el momento se haya llegado a algún nuevo *consensus*. Antes bien parecería que la multiplicidad de códigos, los compartimientos culturales estancos y la consolidación de los ghettos, hubieran acentuado el desmigajamiento social, profundizando la fragmentación.